

La capacidad del simulacro en la construcción de vida democrática mediante el diálogo y la observancia de principios cívicos*

The capacity of simulacrum in the construction of democratic life through dialogue and the observance of civic principles

Rosa María Lince Campillo** / Fernando Ayala Blanco***

Resumen

Presentamos a continuación una serie de reflexiones acerca de los principios y dificultades que enfrentamos para establecer un diálogo político en el marco del poder del simulacro. La intención es presentar un panorama para llegar a acuerdos validados no sólo por mayoría, sino consensuados y, en consecuencia, legitimados de forma tal que se puedan llevar a cabo mediante acciones calificadas.

Palabras clave: Política, simulacro, diálogo, poder, consenso, arte.

Abstract

Therefore, we present below a series of reflections, about the principles and difficulties we face to establish a political dialogue within the framework of the power of simulacrum. The intention is to present an overview to reach agreements, validated not only by majority, but consensual and, consequently, legitimized in such a way that they can be carried out through qualified actions.

Keywords: Politics, simulacrum, dialogue, power, consensus, art.

I. El poder del simulacro

El simulacro es la manifestación de la realidad misma porque ésta encuentra en él su verdad y su revelación. En tanto apariencia, el simulacro despliega una actividad estética que muestra lo bello de la imagen, de la forma, que se percibe por los sentidos y la intuición. De modo que si el arte

Recibido: 5 de noviembre, 2022. *Aceptado:* 10 de enero, 2023.

* El presente artículo es resultado de los trabajos realizados en el marco del Proyecto PAPIIT (IN-301123), "Estudio de manifestaciones políticas en contextos afectados por la violencia", DGAPA/UNAM. Responsable: Dra. Rosa María Lince Campillo. Corresponsable: Dr. Fernando Ayala Blanco.

** Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesora de Tiempo Completo adscrita al Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II.

*** Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesor de Tiempo Completo adscrito al Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I.

encuentra su origen en la inmediatez de la realidad sensible, logra entonces erigirse como simulacro (*éidolon*): es, como la imagen reflejada en el espejo, imitación, repetición, inconsistencia, distorsión, cuya evidente multiplicación puede transformarse en amenaza y provocar terror o vértigo. Y para sortear el terror del simulacro dialogamos constantemente y así evitar la inseguridad.

Cuando contemplamos lo que acontece en el mundo, nos sumergimos dentro de un simulacro, un mito, un enigma. Salustio escribió en *De los dioses y del mundo*: “Ya que al propio mundo puede llamársele mito, puesto que en él aparecen cuerpos y cosas, mientras las almas y los espíritus en él se ocultan” (Calasso: 1994, 404). De modo que de aquí proviene el terror que provoca la mimesis, la metamorfosis, la epifanía, el enigma, la apariencia, que abarcan nuestra mente “en la que asistimos incesantemente a la contienda de los simulacros” (*Idem*).

Nuestra percepción de la realidad es el mundo representado, objetivado gracias al simulacro y al diálogo. Es, como dice Baudrillard, “pérdida de lo real a través del mismo exceso de apariencias de lo real” (Baudrillard: 1986, 64). El mundo es una sucesión de apariencias puras, un encadenamiento interminable de simulacros, que ostentan la ironía del exceso de realidad. De manera que “la historia puede considerarse como mera apariencia en la que se refleja lo que es irrepresentable” (Colli: 1991, 42). Por eso la intuición de que el mundo, los seres humanos y su historia, es solamente una apariencia, un simulacro, una ilusión, una representación, conduce a la contemplación, “ya que intuir significa contemplar; y contemplar es distanciarse ‘del fondo’ de la vida” (*Ibid.*, 52). La contemplación nos conecta a unos con otros a través del diálogo. Si el mundo es un simulacro, una representación, entonces es necesario tener la mirada del contemplador para gozar y dialogar. En otras palabras, el mundo es objetivado en el simulacro para ser contemplado e interpretado a través del diálogo.

En estos términos, el simulacro es un espectáculo necesario, de gran contenido estético. Nietzsche plantea que todo lo que se desarrolla en el mundo vive en la apariencia, en la ilusión, en la mentira, en el engaño, y es precisamente el arte el que produce estas apariencias, que significan la posibilidad de la vida. Si no existieran el simulacro y el diálogo, la vida sería sumamente dolorosa y problemática, se desvelaría como algo insoportable y absurdo. Y sin la capacidad del arte dialógico no toleraríamos el dolor de la existencia.

Sin duda, de este sentimiento y conocimiento trágico sólo nos puede liberar el arte dialógico; o dicho con otras palabras, la experiencia estética en tanto posibilidad de afirmar la vida:

Aquí, en este peligro supremo de la voluntad, aproximase a él, el arte, como un mago que salva y que cura: únicamente él es capaz de retorcer esos pensamientos de náusea sobre lo espantoso o absurdo de la existencia convirtiéndolos en representaciones con las que se puede vivir: esas representaciones son lo sublime, sometimiento artístico de lo espantoso, y lo cómico, descarga artística de la náusea de lo absurdo (Nietzsche: 1995, 78-79).

La voluntad de poder se descubre, pues, como capacidad de mentira, capacidad de ilusión. Invirtiendo este razonamiento, el poder del diálogo, con toda su expresión estética, tiene la capacidad de crear simulacros. Esa voluntad de poder es el simulacro, la apariencia, que hace posible y tolerable la existencia, dando forma a lo informe. Y ¿cómo interpretamos la forma y lo informe de la existencia? Lo hacemos a través del diálogo.

En el libro x de *La República*, Platón sostiene que el arte, en su aspecto esencial, es imitación o copia de la realidad; por lo tanto, es la copia de una copia. Si la verdad hay que buscarla en la forma (arquetípica), la creación artística se encuentra entonces dos grados alejada de la verdad: “el arte mimético está sin duda lejos de la verdad, según parece; y por eso produce todas las cosas, pero toca apenas un poco de cada una, y este poco es una imagen” (Platón: 1992, 462).

En este sentido, el arte encuentra su fundamento en la mimesis, en la ilusión, en el engaño. La imagen del espejo platónico expone metafóricamente este planteamiento, ya que argumenta la existencia de una Idea única para cada multiplicidad de cosas. Sin embargo, ningún artesano podría fabricar la “idea en sí”. Pero este mismo artesano, o cualquier otra persona, es capaz de recrear la multiplicidad de las cosas valiéndose de un espejo, es decir, mediante la mimesis:

Hay muchas formas de que el prodigio se realice pronto y fácilmente. Ninguna más rápida que la de hacer girar un espejo: pronto veríais hacerse el sol, el cielo, la tierra y vosotros mismos y otros animales y plantas y todas las otras cosas de las que ahora mismo hemos estado hablando, en el espejo (*Ibid.*, 451).

Para Platón, la poesía y el arte son considerados como actividad mimética, simple repetición de las cosas, que de igual forma repiten o copian las ideas. El planteamiento platónico da una vuelta de tuerca y se convierte en la tesis de una condena: como consecuencia de la creación artística que está alejada de la verdad, el poeta, el artista, debe ser expulsado de la ciudad. La actividad artística, su obra, su lenguaje, su mundo, en tanto copia de la copia, es vana y peligrosa.

Podemos decir que Platón logró la síntesis de dos visiones estéticas comúnmente antagónicas: la estética sofística, según la cual el arte es ficción y ausencia de realidad; y la estética metafísica que plantea el arte como la materialización sensible de lo invisible. Así, pues, el arte consiste en la aparición visible de la potencia de la Ilusión; o en otras palabras, en la instauración del simulacro. De ahí el terror que infunde y el que sea visto como una amenaza.

El simulacro en tanto mimesis no significa reproducir la apariencia de la realidad, sino más bien producir (*poiesis*) a través de todos los recursos posibles, una apariencia de realidad, probablemente inexistente e irreal, pero ilusoriamente más viva, poderosa y real que la propia realidad. El hombre es capaz de transformarse sapientemente en todo. De aquí proviene el temor y la crítica platónica a una cierta práctica de la metamorfosis. Esta práctica (transformarse, enmascararse, desenmascararse) se descubre justamente en la sapiencia de quien trata los simulacros transformándose en ellos.

Ahora bien, el mito, estructurado circularmente, es el relato de una sucesión de simulacros. Esta afirmación la podemos interpretar a través del platónico mito de la caverna, considerado como una representación simbólica de la situación de los seres humanos en su relación con la vida y la forma de afrontarla desde una perspectiva filosófica. Colli dice que el individuo a lo sumo es un reflejo

que, traducido a una categoría de la abstracción, se podría llamar múltiple. El individuo es un grupo de representaciones conectadas en el tiempo y en el espacio, que aparecen unificadas por un principio externo. Pero ninguna representación posee un principio interno, y por tanto tampoco lo tendrá un grupo de representaciones. De hecho, una representación, o está condicionada por otra representación, o lo está metafísicamente (por un principio externo) (Colli: 1988, 75).

En el mito de la caverna, Sócrates le explica a Glaucón la imagen de la condición humana y comenta que

...el antro subterráneo es este mundo visible; el fuego que lo ilumina la luz del sol; el cautivo que sube a la región superior y la contempla, es el alma que se eleva hasta la esfera inteligible [...] En los últimos límites del mundo inteligible está la idea del bien, que se percibe con trabajo, pero que no puede ser percibida sin concluir que ella es la causa primera de cuánto hay de bueno y de bello en el universo; que ella, en este mundo visible, produce la luz y el astro de quien la luz viene directamente; que, en el mundo invisible, engendra la verdad y la inteligencia; que es preciso, en fin, tener puestos los ojos en esa idea, si queremos conducirnos cuerdamente en la vida pública y privada (Platón: 1992, 342-345).

Platón compara el bien con el sol. De hecho, de la misma manera que el sol permite que las cosas sean y se vean, el bien hace que sea y se haga cognoscible el mundo de las ideas, del cual el mundo sensible toma parte en lo que tiene de verdadero y de bueno. De tal suerte, el bien es el fundamento del ser y del valor de todas las cosas.

Es importante señalar que en *Ética a Nicómaco*, Aristóteles muestra cierto desacuerdo con su maestro y argumenta que el bien no es una idea trascendente, sino al contrario, algo inmanente. El bien al que se refiere la moral no es el bien en sí, en el sentido platónico, sino el bien definido por el hombre como tal y realizable de acuerdo con su naturaleza.

Lo cierto es que no se debe olvidar que el viaje del hombre en el mito de la caverna, para convertirse en filósofo, debe ser de ida y vuelta. El hombre encadenado, que únicamente ve sombras reflejadas en la pared, una vez que arranca sus cadenas y puede contemplar el mundo de la luz y la libertad, vuelve al fondo de la caverna. Regresa para intentar explicar a partir de las cosas las sombras, a partir de las ideas la realidad sensible. De cualquier modo, si Platón tenía que volver a la caverna para explicar desde el mundo de las ideas el ser de las cosas, y en rigor, no es así, se debe a que se queda en el mundo inteligible, deslumbrado y atrapado por los problemas internos. El infausto final del mito refleja la manera en que la filosofía era afrontada en la época de Platón: en la muerte del filósofo a manos de sus compañeros de la caverna está presente el recuerdo de Sócrates.

A diferencia de Platón, Aristóteles no pone en tela de juicio el fundamento mimético del arte; por el contrario, desvela su potencialidad en términos éticos y políticos. En su *Poética*, revaloriza la mimesis mediante un planteamiento pragmático: la imitación puede ser útil en el devenir histórico y puede despertar en los hombres la piedad.

El aristotelismo le otorga amplias posibilidades a la retórica, justamente en el contexto de una realidad humana que considera la capacidad de la mimesis en la vida social. En este sentido el arte y la poesía son imitaciones de la naturaleza; y la tragedia, en tanto manifestación artística, imita y representa las acciones humanas. Una de las características de la tragedia es que puede generar lo que Aristóteles llama catarsis (*kátharsis*). Este término se refiere a la purificación de las pasiones y las emociones en el ánimo del público a través de la contemplación desinteresada. El estagirita afirma en su *Poética*

que, por una parte, los imitadores reproducen por imitación hombres en acción, y, por otra, es menester que los que obran sean o esforzados y buenos o viles y malos –porque así suelen distinguirse comúnmente los caracteres éticos, ya que vicio y virtud los distinguen en todos– o mejores de lo que somos nosotros o peores o tales como nosotros, es claro, de consiguiente, que a cada una de las

artes dichas convendrán estas distinciones, y un arte se diferenciará de otro por reproducir imitativamente cosas diversas (Aristóteles: 1996, 133).

Por lo anterior, se puede decir que todas las artes son un arte mimético. De tal suerte que la tragedia es una representación de la realidad donde los personajes deben colocarse en un término medio, es decir, no pueden ser totalmente perversos ni totalmente inocentes, puesto que nuestro sentimiento de la justicia se rebelaría. Entonces es necesario que el personaje sea un ser semejante a lo que todos los seres humanos son (ni enteramente inocente, ni enteramente culpable), con el cual podamos identificarnos: “La tragedia es la imitación de una acción completa y acabada que posee una grandeza determinada. [Es un todo] que posee un principio, un medio y un final” (*Ibid.*, 142).

Ciertamente la tragedia tiene como finalidad la catarsis. A diferencia de Platón, que considera la tragedia como un ejercicio peligroso de las pasiones, Aristóteles descubre en las artes, particularmente en la tragedia, un medio catártico. Esto es, la catarsis como remedio, desahogo contra la demasia y el exceso. Según el estagirita, las artes son elementos moderadores que nos permiten llegar al justo medio. Las pasiones son emociones violentas, pero desfogadas a través de una catarsis.

Así, pues, el individuo que dialoga en su comunidad política tiene la capacidad de transformarse en un intérprete del orden suprasensible: en su capacidad de *poiesis* y *mímesis* se convierte en una especie de demiurgo que, con su interés dirigido hacia las ideas, imprime forma a la materia de sus creaciones y sus acciones. El ser humano con capacidad de diálogo es aquel que accede a la idea y, mediante su técnica y habilidad, es artífice de su manifestación sensible, sin perder de vista el correlato ético de la política. Y sin perder de vista el poder del diálogo en ese sin fin de simulacros immanentes a la existencia misma.

En consecuencia, la expresión artística (en tanto *mímesis* y *poiesis*) exige habilidad técnica y la posibilidad de la obra de arte de comunicarse con su público, pero, ante todo, el arte encuentra su sentido en el orden de las ideas inmerso en un encadenamiento de simulacros: “El arte retorna, reencuentra las cosas sensibles, por otras vías, procedente de una región y una mediación, que nos es desconocida. La forma sensible que se presenta en el arte no es un punto de partida, sino de llegada” (Colli: 1988, 96).

La siguiente figura nos ilustra al respecto: mediante el manejo de enigmas en un diálogo, los dioses se engañaban los unos a los otros, se tejían ardidés, a fin de derrotar a su rival. Ningún poder divino estaba al margen del poder o la seducción del diálogo. Pero al mismo tiempo, gracias a que se tendían trampas y se despistaban, lograban en ocasiones descubrir el

engaño. Mediante su astucia y su imaginación, eran inventores o productores (*poietés* o *poiesis*). Únicamente a través de engaños se descubría un fraude previo. El nuevo orden instaurado por los olímpicos era el juego legitimado en el diálogo. El mayor jugador era el padre de los dioses, Zeus, “que no paraba de jugar con las diosas, las ninfas, las mortales y los mortales. Fue el primer actor, o el primer transformista, que aprendió que se obtenía más simulando que por la fuerza” (*Ibid.*, 37).

En otras palabras, el mundo es un encadenamiento de simulacros que se metamorfosean y cambian constantemente. Gracias al mito es posible relatar la sucesión de simulacros, ya que éste representa el poder de la metamorfosis, o lo que Mircea Eliade dice: es la capacidad de narrar una historia de diferentes maneras y de relacionarlas entre sí. Por eso definirlo significa debilitarlo, reducirlo. Calasso sugiere que la aproximación más bella para el mito es la de Salustio: “Estas cosas no ocurrieron jamás, pero son siempre”. Esas cosas son las historias míticas. Y lo realmente importante no es definir las, sino desentrañar su saber:

Cuando uno da una definición, uno tiene la impresión de haber comprendido algo, pero eso termina en la palabra. Mientras que si uno tiene un manantial de historias en la cabeza (aquello que es la mitología), eso continúa a actuar en los gestos, en las elecciones, aunque uno lo sepa o no (Calasso: 1991).

Calasso tiene razón al afirmar que “el mito es un acontecimiento del simulacro a través del simulacro”. Éste seduce a la imitación: “Aquel que contempla el simulacro se siente tentado de convertirse en simulacro” (Calasso: 1994, 399). De aquí proviene el terror que infunde el enigma que oculta la existencia. El simulacro, regido por el engaño (que es insoportable), en realidad no es engaño alguno. La contemplación de esta “verdad” nos produce vértigo. Si el mito es justamente un encadenamiento de simulacros que nos ayuda a reconocer los simulacros, “es ingenua la pretensión de interpretar el mito, cuando es el propio mito el que nos interpreta” (*Ibid.*, 404). Entonces, el simulacro consistirá en morir como realidad para producirse como apariencia, ilusión o engaño:

En el mito, el simulacro es a la vez el instrumento y el objeto del conocimiento. Todo pasa por simulacro: una imagen reenvía a otra imagen. Una de las imágenes es un detalle de una historia mítica, una figura divina o heroica, un gesto, un suceso. La otra es lo que pasa alrededor de nosotros, en el mundo de los hombres. Cuando uno sabe que el mundo mismo es un mito (dicho de otra forma, una tela de simulacros), uno comprende por qué este modo de conocimiento que

es el mito se vuelve indispensable: porque es aquel que tiene más afinidad con el mundo (Calasso: 1991).

La oposición entre lo falso y lo verdadero es una convención que trata de instituirse como única, pero que termina sucumbiendo a la propia coherencia de lo que acontece a través del diálogo.

II. El poder del diálogo en la participación política y en la deliberación

Considerando lo hasta aquí expuesto, para la vida en democracia resulta imprescindible poder expresar ideas e inquietudes sobre un tema que afecta a la comunidad, a la sociedad y, más ampliamente, al país. No se trata solamente de tener un foro al que se pueda tener acceso y en el cual se manifiesten las ideas, sino también tener escuchas dispuestos a recibir y reflexionar los mensajes emitidos, con la finalidad de intercambiar puntos de vista y someterlos a discusión mediante una acción dialógica. El objetivo es llegar a acuerdos sobre un determinado proceder o actividad, así como la manera de realizar dicha actividad con miras a la resolución de problemas comunes. De ahí, pues, que la acción dialógica resulte en la aceptación y respeto de las conclusiones a las que se lleguen en esa vorágine de simulacros.

Dicho con otras palabras, no sólo se trata de tener la posibilidad de expresarse, sino de tener interlocutores legítimos, autorizados y con capacidad deliberativa; y, sobre todo, bajo el principio básico de que ambas partes tienen como objetivo el logro del bien común.

Sin embargo, en muchos casos, la realidad supera a la teoría y las reuniones no devienen en diálogo o libre intercambio de ideas. Muchas veces se dejan de lado convicciones y se entablan debates, en los que los argumentos lógico-rationales se sustituyen por adjetivos calificativos para imponer ideas que responden a egoísmos o posturas políticas con el consecuente vencimiento de quienes no piensan igual, ignorando que todos formamos parte de la misma sociedad.

En nuestro tiempo frecuentemente las discusiones se ganan por mayoría o por imposición mediante el uso de la fuerza. Lo políticamente correcto sería que también las minorías fueran incluidas, atendidas y sus demandas consideradas en la toma de decisiones, ya que no por ser minorías tienen menos derechos, ni su voz debe ser menos escuchada por tener menor número de representantes.

Lo cierto es que si queremos intercambiar opiniones para lograr un mutuo entendimiento, se requiere construir un espacio común en el que se reconozca

a los legítimos interlocutores, los que hablarán en nombre de sus representados y respetarán ese vínculo. Por lo tanto, no se trata de usurpar un lugar, sino de que quien ocupe ese espacio sea un verdadero representante de los intereses de sus representados de acuerdo con la percepción que tienen de la realidad, como se explicó en el primer apartado.

Así, pues, el ejercicio dialógico exige respeto a las diferencias tanto personales como las de la otredad. El reconocer que los distintos a nosotros tienen el mismo derecho de expresarse y manifestarse, lejos de debilitar el ejercicio del diálogo, lo fortalece, ya que éste se nutre de la diversidad de percepciones y por tanto puntos de vista sobre una misma situación.

Constantemente observamos que al enfrentar pensamientos o formas de vida distintas, nos aislamos; no es fácil permitirnos compartir experiencias y muchas veces nos blindamos porque creemos que podemos poner en peligro nuestra manera de ser o convicciones sobre lo que somos y quienes somos, porque pensamos que los que están más allá de nuestros muros son los equivocados y por ello los negamos. Cuántas veces hemos escuchado: “Sólo nosotros tenemos la razón”.

En consecuencia, no debemos considerar que quienes no piensan de igual manera que nosotros están equivocados o son bárbaros por no hablar el mismo lenguaje. En efecto, las diferencias no significan que la otredad no se explique o sea incomprensible. Hay que tomar en cuenta que las concepciones sobre un problema se desarrollan en situaciones diferentes, piénsese en el clima, la raza, la historia, la religión, las épocas, el hábitat y un largo etcétera. Sin duda, las diferencias condicionan, pero también explican la diversidad de formas de percibir la realidad y la distinta manera de jerarquizar y priorizar los problemas.

Por lo anterior, la política no solamente debe entenderse como el manejo del conflicto entre diferentes (Simmel: 2013), sino también como una práctica en la que los seres humanos, independientemente de la fuerza y poder que se detente, se pongan de acuerdo para tener una sana convivencia.

La Política tiene como primera tarea generar y mantener (observando reglas y normas de civilidad) el espacio donde se puedan exponer libremente cuestiones que afectan al interés público, así como propuestas sobre la mejor forma de vida en una sociedad. En el ejercicio de la política siempre habrá discusiones y antagonismos, por ello es necesario mantener el respeto a las ideas y la libertad del otro.

Para lograr esa posibilidad de diálogo, se necesita ponerse en situación de igualdad de oportunidades, inclusión y participación para expresar su personal perspectiva y ser escuchado con respeto, ya que, insistimos, no todos tenemos la misma idea acerca de lo que es indispensable cubrir para tener una vida digna, ni si nos afectan las mismas cuestiones.

Para reforzar lo hasta aquí expuesto, pongamos un ejemplo: si estuviéramos ubicados en diversos puntos de un círculo, es decir, situados en un mismo plano, aunque en un ángulo diferente desde el que observamos de manera equidistante un mismo objeto, resulta que lo que uno ve de manera directa, la persona que se ubica en un punto distinto u opuesto (aunque no necesariamente antagónico), no lo puede percibir (ello no significa que si no lo percibo, no existe); entonces necesito escuchar qué es lo que todos y cada uno detecta desde su punto de observación para tener una mejor idea de lo observado.

Pero la cuestión es bastante más compleja. No todos estamos en un mismo plano, el lugar desde el que observamos lo que ocurre está determinado por factores como edad, sexo, familia, educación, cultura, raza, religión, entre muchos otros, lo que nos da multiplicidad de puntos de observación, a la vez que obstaculiza el acceso al espacio público en el que se dirimen las diferencias, con sus respectivas ventajas y desventajas. Así, pues, cada uno de los participantes está ubicado en un punto distinto determinado por el cruce de sus propias variables, lo que le da un ángulo y nivel de apreciación diferente.

Un aporte de la posibilidad de interpretación es no sólo aclarar lo que otros explican, sino también aprender de esas concepciones y de esta manera de acercarse a los demás en un afán de comprender diferentes posturas ante una misma situación y eso se logra mediante el diálogo.

Pertenece a distintas generaciones, educaciones, culturas, costumbres, hábitos, idioma, lengua, dialecto, etcétera; por consiguiente, en la construcción política de ese espacio en el que se posibilita dialogar, para dar acceso en igualdad de oportunidades a los participantes y permitir el intercambio de las distintas visiones que nos permite tener una explicación más completa del objeto o problema que estamos analizando, hay que ir más allá. Siguiendo este orden de ideas, no se debe considerar que somos inferiores o superiores a los otros; más bien tenemos que pensar en los mayores o menores obstáculos que enfrentaremos para participar y ser escuchados. Esto último cobra mayor relevancia si consideramos que uno de los principales problemas de la representatividad es la falta de representación: en muchas ocasiones los representantes, en cuanto son nombrados o elegidos, pierden relación con sus representados y sólo se guían por sus propios intereses.

Por ello, en el intercambio de ideas, para lograr comprensión, no se trata de llegar al “justo medio”, en cuanto la mitad de la distancia que separa a los opuestos como lugar de encuentro, sino el punto en el que convergen los aspectos (ya sean muchos o pocos) que tenemos en común y estamos dispuestos a compartir. Tomando como punto de partida las diferencias, es necesario negociar qué tanto uno y otro pueden moverse y ceder, incluso se pueden practicar

varias formas o maneras de unir (alianzas, coaliciones) para lograr un acuerdo sin quebrantar o dividir.

Es una necesidad admitir que mi percepción no es la única que existe y que otros también están atendiendo al mismo objeto, problema o situación, desde sus particularidades y tienen una explicación tan válida de lo que ocurre como la propia.

Ahora bien, si el intercambio de perspectivas se favorece y posibilita, podría llegar a ser placentero, como si estuviéramos en una partida de ajedrez. Sería el motivo para encontrar nuevos argumentos y explicaciones, pero si el principio no es la búsqueda del *bien común*, sino ganar a cualquier precio la partida, entonces lo lúdico se pierde, se descalifica al contrario o se anula. De esta forma, el juego deja de basarse en la estrategia que busca alternativas a una situación que afecta a la sociedad, aniquilando en ocasiones al oponente, como si fuera una desaparición forzada con el fin de realizar proyectos personales.

En nuestra opinión, la siguiente cita de Dilthey arroja luz sobre lo que podría acercarse a un mundo ideal:

Aquellas concepciones del mundo que propician la comprensión de la vida y conducen a metas provechosas se conservan, y desplazan a las más insignificantes. Así se opera una selección entre ellas. Y en la sucesión de generalidades, las más viables se desarrollan en formas cada vez más perfectas. [...]

Y a estas diversidades típicas se añaden las de los individuos, sus ambientes y sus experiencias de vida. Así como la tierra se halla cubierta por formas innumerables de seres vivos, entre los que ocurre una lucha constante por la existencia y por el espacio vital, en el mundo humano se desarrollan las formas de concepción del mundo y luchan entre sí para dominar las almas (Dilthey: 1978, 117-118).

En efecto, con la finalidad de lograr el intercambio de ideas que se expresan por diferentes medios, la política debe ir más allá del ámbito meramente estatal para procurar la generación de consensos mediante acuerdos, matizando el disenso, sin aniquilarlo, porque cuando no hay desacuerdos entramos en los totalitarismos.

Por lo tanto, es necesario cultivar y procurar el derecho a disentir, porque las diferencias impulsan y fortalecen la reflexividad, y permiten la resiliencia aprendiendo de las situaciones que nos han sido adversas, asimilando experiencias que se transmiten a quienes no han experimentado esas situaciones. De esta forma se evita el conflicto y se mantiene el equilibrio. Dicho con otras palabras, se trata de evitar la polarización, porque el mundo no es negro y blanco, sino que tiene matices.

En nuestra opinión, lo importante es mantener la identidad, respetar la particularidad y dejar de lado lo que agudiza las diferencias, en el sentido de que distingue, separa, aísla, desune, poniendo especial cuidado a los intereses que se comparten, para unir, fortaleciendo el tejido social. Sin duda, a partir de lo que se tiene en común, se puede trazar una vereda común (ya que en ella se comparten intereses, rumbo, fines) por donde transitar sin ser obligados a asimilarse en un mismo patrón o mimetizarse con un líder.

Para conseguirlo se requiere de participación en la deliberación, y ésta va más allá de simplemente tachar una boleta con preguntas cuyas respuestas se restringen a un sí o un no que puede ser inducido mediante la redacción de la pregunta o emitido de manera mecánica, sin mayor reflexión sobre las posibles consecuencias de aprobar una modificación a una ley o incluso transgrediendo las ya existentes. Participar en la deliberación nos permite exigir transparencia en las acciones de gobierno, así como rendición de cuentas.

La vida social surge en condiciones específicas y a la vez diferentes. Además, los seres humanos que viven en sociedad tienen particularidades y diferencias que se deben respetar. En consecuencia, tenemos diversas imágenes del mundo y de la realidad. De ahí, pues, que nos topemos con una diversidad de metas, las cuales resultan en una multiplicidad de formas de conectarnos con la realidad y relacionarnos con la otredad. La existencia implica –ya sea para beneficiarnos o perjudicarnos– que atribuyamos a los objetos y personas valores útiles.

Marcar el hito, construir la agenda sobre lo que se debe reflexionar y a qué se debe atender, es una forma de desviar la atención a lo que verdaderamente afecta nuestra manera de vivir en comunidad. Hemos sido testigos de que la política de gobierno se basa en infundir esperanza (por ejemplo, Ciudad de la Esperanza), ello quizá responda a que en la ilusión de la promesa se puede vivir mucho tiempo, no importa cuánto se tenga que esperar, algún día se hará realidad, pero cuando las acciones de gobierno se cumplen, el agradecimiento dura poco y se pueden plantear nuevas demandas sociales.

De esta forma, las situaciones, las personas y las cosas adquieren un significado para asegurar nuestra manera de ser, nuestro plan de vida, normas de acción ideal para desarrollar la vida personal y la social. En pocas palabras, se establece una conexión estructural individual y colectiva a través de formas generales de pensamiento.

Uno de los objetivos que tiene el estudio de las ciencias sociales es precisamente comprender la conexión estructural de la vida individual y social. Por ello, las relaciones de poder son uno de los temas relevantes de investigación y análisis de la ciencia política, y encuentra vasos comunicantes con el diálogo y la persuasión.

Ahora bien, en el diálogo que establecemos con nosotros, con el mundo y con los otros con los que convivimos, debemos admitir que el conocimiento de la realidad histórico-social reclama una conciencia acerca de la relación de las verdades personales con la realidad. Sin embargo, la parcialidad de dichas verdades abstraídas de la realidad potencia al ser humano “para conocerse a sí mismo y a la sociedad y a la historia creada por él” (*Ibid.*, 117).

De lo anterior deducimos que en el establecimiento de un diálogo no basta con ser respetuoso, sino también hay que ser honesto en cuanto a la conciencia y admisión del conocimiento que se tiene sobre una determinada cuestión, ya que no es lo mismo ser que saber “las condiciones captables por el entendimiento, accesibles a un tratamiento rigurosamente científico que hacen posible, al mismo tiempo, la existencia y conocimiento del mundo” (*Ibid.*, 177).

A nuestro parecer, lo que nos debe interesar en un diálogo es que se compartan ideas y no imponer al otro lo que yo creo que es la verdad incuestionable. El arte de la persuasión no es con/vencer al adversario con recursos retóricos, sino intercambiar ideas, argumentos y puntos de vista para llegar a un acuerdo. De ahí la importancia del diálogo.

La acción dialógica nos permite desprendernos de nuestras convicciones en un afán de acercamiento a las del otro: “A veces se avanza cediendo y otras se retrocede ganando. Lo importante es llegar a acuerdos y establecer negociaciones.”¹

No perdamos de vista que nuestras explicaciones van en sentido opuesto al proceso como se llevó a cabo una determinada situación. Analizamos el pasado para prever cómo vamos a vivir el futuro, pero resulta imposible hacer una regresión al infinito; entonces comparamos hechos experimentados y que tenemos registrados en la memoria que consideramos guardan similitud con lo que queremos explicar, que no dejan de estar mediados por nuestra percepción (particular punto de vista) o interpretación sobre lo que ocurrió, no la ocurrencia misma del hecho y puede que contenga más de lo que originalmente tuvo. Es decir, tiene una conexión ideal que se despliega históricamente en las interpretaciones (Dilthey: 2000, 194).

Aun siendo muy cercanos, el comprender al otro con el que dialogamos nunca llega a darse totalmente, porque en este proceso se desplaza de la determinación de cada expresión a la indeterminación de todas las evocaciones. En otras palabras, nos movemos de la parte al todo y viceversa, sin que el sentido se agote. Así sucede cada vez que relatamos un hecho, se le agregan detalles según vamos recordando.

¹ Juan Ramón de la Fuente (entrevista concedida a Carlos Alasraky en el programa de TV del Canal 40, “Platicando con Alasraky”, 30 de agosto, 2009).

Lo mismo pasa en relación con la narración histórica o en las historias de vida, los cambios de sentido se dan en una conexión dinámica, porque el hecho se vive una vez, pero se revive múltiples veces, lo que explica que el comprender nunca se dé de manera total (*Ibid.*, p. 208). Esto justifica el que se efectúe la interpretación, ya que revitalizamos una narración agregando significados, además de que éstos son polisémicos (Alcalá: 1999, 64).

Es cierto que no hay dos seres completamente iguales, siempre hay algo que los distingue empezando porque son dos y no uno solo. En principio se requiere del diálogo con los otros, los que están fuera de mí, en el espacio público. Incluso en la comunicación política se tiene en cuenta que lo que dice una persona se puede interpretar de varias maneras por la audiencia y todas ellas serán igualmente válidas, dependiendo de las condiciones en las que se haya establecido el diálogo.

Quien emite o manda un mensaje lo hace con una determinada intencionalidad, la cual se tiene que rescatar por quienes escuchan; la tarea es recuperar la intención primaria, misma que determinará los niveles de validez (Castro: 2006, 78-79). De este modo reflexionamos si el mensaje que se emite es verosímil más que verdadero; esto tiene directamente que ver con la posibilidad de hacer realidad una idea en el sentido de la utilidad que representa para resolver alguna de las cuestiones que se someten a discusión en un diálogo, más no a debate, pues el diálogo lo que intenta reducir es el conflicto. Aunque siempre median relaciones de poder que tratan de imponerse unas a otras.

En un diálogo, mientras uno expone y argumenta, son varios los oyentes, de tal suerte que al estar ubicados en un punto que es determinado por la confluencia de sus condiciones culturales, sociales, económicas, etcétera, se escucha con distintas referencias de vida que dan paso a diferentes significados y otras tantas interpretaciones (Eco: 1992, 357).

De acuerdo con lo anterior, sostenemos que en un proceso dialógico se debe aceptar que existen diferentes posturas y más de una interpretación verdadera; además, en un diálogo deben aceptarse otros puntos de vista. Lo cierto es que no se debe tomar cualquier interpretación como adecuada, sino la que represente una correcta proporción entre la intención original y la que recibimos entre diferentes interpretaciones, según grados de aproximación a la verdad textual en la que la intención del receptor no debe superar a la del emisor.

En consecuencia, es importante trabajar los significados de los símbolos, los códigos con los que traducimos y los isomorfismos, las conexiones que se establecen dependiendo de la época en la que se vive (por ejemplo, no se remite a los mismos significados que atribuimos al color rojo en febrero que en diciembre), es decir, hay correspondencias exactas, pero también inexactas.

Al emitir un mensaje lo hacemos con la intención de traducir a los otros nuestra experiencia. Así, pues, la significación de lo que se capta se distribuye entre el mensaje codificado y el decodificador que se encuentra en el proceso de interpretación y lo expresa al receptor. En esto consiste la acción dialógica que permite comunicarnos.

En una conversación o diálogo, lo que se trata de compartir, al igual que en un libro, no son palabras vacías o trozos de papel llenos de signos, sino que se proyectan emociones, ideas, vivencias, pensamientos del autor, fragmentos de sí mismo. El texto tiene el poder de hacer revivir experiencias de otro ser humano con el que nos comunicamos.

Y es importante recordar que no sólo nos comunicamos a través del lenguaje oral, sino que hemos construido diversos lenguajes (sonoro, visual, oral, corporal, etcétera.) con los que expresamos vivencias.

Para finalizar diremos que en la producción de cualquier cosa hecha con arte o en el ejercicio de cualquier arte, están presentes dos facultades: imaginativa y operativa. La primera se refiere a la posibilidad de imitar una idea (*mimesis*) a través de un proceso creativo; y la segunda, en la imitación de ese modelo invisible (*paradeigma*) plasmado en un material o espacio determinado. Estas dos facultades están presentes siempre en el proceso dialógico necesario en una democracia y, en términos generales, en todo proceso creativo.

El carácter distintivo de todas las artes es, pues, la imitación e interpretación de la realidad, ya sea en un plano físico o espiritual. Lo cierto es que en la mimesis intervienen dos aspectos: por una parte, el trabajo del intelecto; y, por la otra, el trabajo físico o manual. Estos atributos de la actividad creadora han correspondido a nuestra esfera espiritual e intelectual, y a nuestra esfera sensitiva y psicofísica, respectivamente.

Un dialogo que logre unir y comunicar dependerá del grado del entendimiento mutuo entre estas facultades.

Bibliografía

- Alcalá Campos, Raúl (1999). *Hermenéutica, analogía y significado. Discusión con Mauricio Beuchot*. México. Editorial Surge.
- Aristóteles. (1996). *Poética*. México. Editores Mexicanos Unidos.
- Baudrillard, Jean. (1986). *De la seducción*. Madrid. Editorial Cátedra.
- Calasso, Roberto (1994). *Los cuarenta y nueve escalones*. Barcelona. Editorial Anagrama.
- Calasso, Roberto. (1991). *Le Figaro*, Lundi 18 Fevrier.

- Castro, Sixto J. (2006). El proceso de conocimiento y la Hermenéutica analógica en Ricardo Blanco Beledo (comp.). *Contextos de la hermenéutica analógica*. México. Editorial Torres Asociados.
- Colli, Giorgio (1991). *El libro de nuestra crisis*. Barcelona. Editorial Paidós.
- Colli, Giorgio (1988). *Después de Nietzsche*. Barcelona. Editorial Anagrama.
- Dilthey, Wilhelm (1978). *Obras*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Dilthey, Wilhelm (2000). *Dos escritos sobre hermenéutica: El surgimiento de la hermenéutica y los Esbozos para una crítica de la razón histórica*. Colección Fundamentos. Núm. 164. España. Ediciones Istmo.
- Eco, Umberto (1992). *Los límites de la interpretación*. Barcelona. Editorial Lumen.
- Nietzsche, Friedrich (1995). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid. Alianza Editorial.
- Platón (1992). *República*. Madrid. Editorial Gredos.
- Simmel, Georg (2013). *El conflicto*. Madrid. Editorial Sequitur.